

TERCERA PARTE

LA LITURGIA EUCARÍSTICA

I. OFERTORIO

En los ritos iniciales el centro de la celebración estuvo en la sede. En la liturgia de la Palabra, en el ambón. Ahora se traslada el centro al altar, la piedra desde la que se ofrece el Sacrificio, el lugar desde donde el sacerdote ofrecerá a Cristo al Padre por medio del Espíritu Santo.

Hasta antes de ese momento, además de las velas y del crucifijo, en el altar no debía haber nada. El Evangeliario pudo estar hasta que se proclamó el Evangelio. Pero desde entonces, no había nada. Terminando la oración de los fieles, todos se sientan, y sobre el altar se coloca el corporal, una tela cuadrada sobre la que se dejará el pan y el vino. Se llama corporal por *corporis*, en latín cuerpo, porque anteriormente el Cuerpo de Cristo se colocaba directamente sobre esta tela. El corporal sirve para recoger los fragmentos del Cuerpo del Señor que caigan al fraccionarlo.

Fuera del corporal se coloca el cáliz, el vaso sagrado en el que se verterá el vino que más adelante se convertirá en la Sangre del Señor. El cáliz es un símbolo de María. Conforme a la tradición de la Iglesia, se invoca a María llamándola vaso: espiritual, digno de honor e insigne de devoción. María es el vaso, el recipiente que contiene a Jesús dentro. Así como en el seno virginal de Nuestra Señora su sangre se transformó en la sangre de su Hijo, en el cáliz el vino se transformará en la Sangre de Cristo. Como Jesús estaba en el vientre de María, en el cáliz estará Jesús tras la consagración.

Las rúbricas indican que es potestativo que el cáliz se cubra con un velo. Cubrirlo es un bonito signo de que no se trata de una pieza fabricada para la mirada, sino para contener al Señor. Por tanto, cuando no se usa es un buen gesto cubrirlo. Podemos pensar que se cubre como María se colocaba un velo sobre su cabeza.

Es obligatorio dejar sobre el mantel el purificador, una tela alargada que sirve para limpiar los vasos sagrados y los dedos y los labios del sacerdote. Además, se deja ahí el libro que contiene todo lo que habrá de decir el sacerdote, el Misal.

No lo mandan las rúbricas, pero permiten también colocar un objeto cuadrado llamado palia, que sirve para cubrir el cáliz, pues con éste se evita que el polvo o algún insecto entren en el cáliz.

Quien coloca todos estos objetos, sea el sacerdote, el diácono o un acólito, puede pensar que está realizando la misma acción que Jesús les encargó a sus apóstoles antes de la Última Cena: ir a disponer todo para la Cena (Mt 26, 17-19; Mc 14, 12-16; Lc 22, 7-13).

1. Procesión con las ofrendas

Antiguamente los fieles que acudían a la misa llevaban el pan que iba a convertirse en Jesús mediante las palabras de la consagración y lo depositaban sobre el altar. Era un símbolo de que sus esfuerzos se transformaban en Cristo. Con su esfuerzo habían ganado un salario, y con éste habían comprado el pan. O ellos mismos habían amasado el pan. Ese pan ahora se transformaría en Cristo. Con el tiempo se dejó de hacer esta entrega, pues empezó a emplearse pan sin levadura, que no estaba a la venta. Los fieles donaban una limosna, y con éstas se compraba el pan utilizado en la misa.

El Concilio Vaticano II quiso recuperar este simbolismo. Aunque los fieles no compren o elaboren el pan y el vino, sino que se adquieran con las limosnas que se entregan, los llevan en procesión hasta el sacerdote, quien los recibe y los deposita sobre el altar. Son unos cuantos fieles, pero representan a toda la comunidad.

Aquí está nuestro trabajo, nuestros esfuerzos, nuestros dolores, nuestras alegrías. Todo lo que somos. Nuestro ser mismo lo entregamos al sacerdote para que se vuelva Cristo. Para que la misa nos transforme en otros cristos,

en el mismo Cristo. Una misa bien vivida no nos puede dejar siendo iguales que antes.

Se cuenta que, tras una Cuaresma de penitencia, san Jerónimo tuvo una visión de Jesús. Nuestro Señor le preguntó sobre qué era capaz de darle. San Jerónimo le fue respondiendo que sus ayunos, sus penitencias, su familia, sus amigos. Jesús le volvió a preguntar qué era capaz de darle. San Jerónimo no supo que responder. Jesús, entonces, le dijo: dame tus pecados. También podemos entregar nuestros pecados en este momento, para que Jesús los cargue (Is 53, 4) para redimirlos y para curarlos en sus heridas (1 Pe 2, 24).

La materia del sacramento, el pan y el vino, debe ser natural y de la mejor calidad. Si se va a transformar en el Señor, debe ser lo mejor. El pan que se utiliza debe ser ázimo exclusivamente de trigo y hecho recientemente.³ El vino que se emplea debe ser natural, fruto de la vid no mezclado con sustancias extrañas.⁴ Debe de usarse vino autorizado por los obispos pues el vino comercial muchas veces no es natural y fruto de la vid. No puede usarse vino avinagrado.⁵

El pan se lleva en un vaso sagrado llamado patena y en otro más grande llamado copón. El vino, en cambio, no se lleva en el cáliz en donde ha de consagrarse, sino en una jarra pequeña llamada vinajera. En realidad, son dos vinajeras, pues en otra se lleva agua, ya que al vino debe de agregársele un poco de agua para ofrecer el Sacrificio,⁶ por un simbolismo que veremos adelante.

Los fieles llevan al altar pan y vino, pero después recogerán del altar, en la comunión, el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, aunque se oculten bajo las apariencias del pan y del vino.

³ CIC, cc. 924 y 926

⁴ CIC c. 924§3 e IGMR n. 322

⁵ IGMR n. 323

⁶ CIC c. 924§1

Junto con el pan y el vino pueden llevarse otros dones. No son símbolos, sino regalos. Donaciones para el culto, como puede ser velas, o incienso. O donaciones para los pobres, como ropa, alimentos, bebidas, que se les darán posteriormente.

Esta procesión y entrega de los dones es potestativa; no obligatoria. Hay ocasiones en que no puede realizarse, como en las misas entre semana. En estos casos, el acólito lleva el pan y el vino al altar y con ello se simboliza esta donación que todos hacemos del pan y del vino para que se conviertan en Jesucristo, y de la donación que hacemos de nuestro propio ser para ser transformados.

2. Presentación del pan y del vino

En la Última Cena Jesús realizó cuatro acciones relativas a la Eucaristía: tomó, dio gracias, partió y dio (Lc 22, 19-20). Esas cuatro acciones las repite el sacerdote en cada misa, en distintos momentos. La primera, tomar el pan y el vino, la realiza en este momento: toma el pan y el vino que recibe de los fieles o del acólito.

El sacerdote, toma el pan y se lo presenta al Padre. Es una selección de la ofrenda. Como si entre todos los panes existentes, se eligieran unos cuantos pedazos para que en ellos se realice el milagro eucarístico.

Coloca el pan que vaya a consagrarse sobre el corporal. Y una hostia colocada sobre la patena la eleva un poco. La eleva sobre la patena, porque no se trata de mostrarle al pueblo el Cuerpo de Cristo, como se hará tras la consagración. La eleva un poco, para distinguir este gesto, en el que se le presenta pan al Padre, del gesto en el que se le presentará a Cristo mismo, al final de la plegaria eucarística, en donde hay que elevarlo más, porque lo que se presenta no solo es flor de harina, sino el Hijo de Dios.

Al elevarlo, si no se está cantando, puede decir unas palabras de presentación en voz baja o en voz alta. Si se está cantando, las dirá siempre en voz baja. Hay veces que puede convenir decirlas en alto, para que se

enteren todos los presentes. Otras veces puede ser mejor decirlas en bajo, para que en silencio cada uno de los presentes puedan presentarse a si mismos al Padre. En cualquier caso, la ausencia de palabras de los fieles no es una espera hasta que les toque decir algo, sino que debe ser un momento en el que en el interior suceda lo que ocurre en el exterior. Si la ofrenda se prepara, los fieles deben de prepararse a si mismos, ponerse en camino hacia la transformación en Cristo.

Las palabras de presentación del pan bendicen a Dios. Como Jesús que tomando el pan bendijo al Padre (Mt 26, 26; Mc 14, 22). Su contenido recuerda las oraciones que los judíos recitaban en la mesa. Por ello, este momento se enlaza con el gesto del cabeza de familia judío que eleva el pan hacia Dios para de nuevo recibirlo de Él, renovado

Con estas palabras se expresa que se trata de una materia dada por Dios, pero transformada por los hombres, quienes molieron el trigo y cocieron la harina, pero que hemos recibido como producto de la generosidad de Dios, que ha escuchado la petición que le dirigimos cada vez que rezamos el Padrenuestro. Ese don gratuito se ha seleccionado para que se transforme en el Pan de Vida, conforme a la expresión con la que se define el mismo Jesús (Jn 6, 98):

“Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos; él será para nosotros pan de vida.”

Si la presentación se hizo en voz alta, los fieles responden bendiciendo a Dios:

“Bendito seas por siempre, Señor”

Después, el sacerdote prepara el cáliz, salvo que un diácono lo haya hecho antes. El cáliz se prepara colocando vino y una gota de agua. En la antigüedad el vino no era como actualmente. Era más denso. Parecía un jarabe. Era necesario echarle agua para beberlo. Los maestresalas eran expertos en eso; sabían qué cantidad de agua que echarle a un vino para que

fuera bueno. Por la época, Jesús instituyó la Eucaristía con vino mezclado con agua. Por eso se hace esa mezcla.

Pero además de esta razón histórica, hay una simbólica. El agua simboliza a la humanidad. Es solo una gota que se pierde en la inmensidad del vino ya vertido en el cáliz, que simboliza a la divinidad. No somos nada frente a Dios. Nos perdemos en él. Pero más allá de esta realidad, este gesto puede ser un deseo de vida: que nos perdamos en Dios, que nos abandonemos totalmente en Dios. Una donación total podemos ofrecer mientras se realiza este gesto.

Quien prepara el cáliz expresa con unas palabras, que dice en secreto, el maravilloso intercambio que ha de producirse. A nosotros que somos nada, podemos participar de la vida divina gracias al bautismo que nos ha insertado en la Trinidad, del mismo modo que el Hijo participó en nuestra humanidad al hacerse hombre:

“El agua unida al vino sea signo de nuestra participación en la vida divina de quien ha querido compartir nuestra condición humana.”

Esas palabras las puede decir en su corazón cualquiera de los presentes, aunque no esté viendo el agua perderse en el vino, para abandonarse totalmente en la inmensidad del amor de Dios.

La preparación del cáliz se hace en un extremo del altar y no en el centro, pues no se trata de un gesto o de una oración dirigida a Dios, sino sólo de un preparativo.

Después, el sacerdote presenta el vino elevando un poco el cáliz, mientras dice unas palabras semejantes a las usadas para presentar el pan. Se bendice al Padre, como lo hizo Jesús en la Última Cena, por habernos dado las uvas que, gracias al trabajo del hombre, se transformaron en el vino. No solo se presenta un producto de la naturaleza; el hombre ha trabajado ese fruto. Y esa unión del don gratuito natural y del trabajo humano ahora se presenta para ser transformado en la bebida de salvación con estas palabras:

“Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este vino, fruto de la vid y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos; él será para nosotros bebida de salvación.”

Estas palabras las irá en voz baja si se canta y, de no cantarse, puede decirlas en voz baja o voz alta, según se estime oportuno. Si se dicen en voz alta, los fieles responden bendiciendo a Dios, como se hizo con el pan:

“Bendito seas por siempre, Señor”

Después de presentar el vino, el sacerdote se inclina profundamente frente al altar de Dios. Es un gesto de humildad, de demostrar lo poco que somos y valemos frente al Todopoderoso. Y en esta posición humilde, el sacerdote le pide a Dios que reciba el sacrificio que va a ofrecerle.

Desde luego, el Padre recibe con agrado el sacrificio de su Hijo, el sacrificio de quien hace su voluntad. Pero junto con el sacrificio de Cristo, está el sacrificio que cada uno de los presentes le ofrecemos al Padre. Y no queremos que le sea desagradable como el sacrificio de Caín (Gen 4, 5), o como los sacrificios que le ofrecía la casa de Israel (Am 5, 22). Ofreciendo un espíritu humilde y contrito, como dice el salmo (51, 17), y como ahora quiere simbolizar el sacerdote al inclinarse, el sacrificio será agradable al Señor.

Estas palabras el sacerdote siempre las dirá en voz baja, pero todos pueden hacer un acto de humildad y ofrecer su corazón contrito en ese momento con las mismas palabras:

“Acepta Señor, nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde; que éste sea hoy nuestro sacrificio y que sea agradable en tu presencia, Señor, Dios nuestro.”

3. Incensación

Si se emplea incienso, después de la oración anterior, el sacerdote pone unos granos de incienso en el turíbulo. El incienso tiene el significado de oración y de purificación. Por medio de la acción ritual de incensar se le pide a Dios que suban nuestras oraciones a su presencia, así como sube el humo hasta lo alto, como dice el salmo 141 (2). Así como el aroma del incienso aleja los malos olores, le pedimos a Dios que purifique toda putrefacción de nuestra vida.

El sacerdote incienso las ofrendas para purificarlas, que sea santo lo que se transformará en Jesús. Como los levitas, que disponían todos los días el pan sobre la mesa y quemaban incienso (2 Cro 13, 11). Es como si bañando esas materias con un humo sagrado las separara de un uso profano.

También incienso el altar, para que sea un lugar puro en donde llegue Jesús, y desde donde se ofrezca el Sacrificio. El sacerdote no dice nada al incensar. Tanto él, como todos los fieles pueden pedirle a Dios que llegue hasta él la oración, el trabajo y la vida de todos los fieles que se ha puesto sobre el altar.

Después, un diácono o un acólito incienso al sacerdote. Con esta acción se le pide a Dios que purifique al hombre que ha de ofrecer el sacrificio, y que sus oraciones suban hasta el Trono de la Gloria. También se pide lo mismo con la incensación a los concelebrantes, si los hay, que se hace después.

Finalmente se incienso a los fieles, para rogar su purificación antes de participar en el sacrificio que se ofrecerá al Padre por medio del Espíritu Santo, para que sus oraciones también suban hasta el Cielo.

Se perfuma con el incienso a los celebrantes y a los fieles para rogarle a Dios que los haga, a semejanza de Cristo, oblación y víctima de suave aroma (Ef 5, 1).

4. Lavabo

Después de ser incensado, o tras la oración que el sacerdote dijo inclinado, si no se usa el incienso, el sacerdote se dirige a un extremo del altar, en donde se lava las manos.

En el Éxodo, se narra que el Señor le pidió a Moisés que hiciera una fuente de bronce, para que Aarón y sus hijos, los sacerdotes, se lavaran las manos antes de ministrar en el altar (30, 17-21). Del mismo modo los sacerdotes, antes de ofrecer el Sacrificio, se lavan las manos a un costado del altar.

Para el lavado de las manos se emplea una jarra llamada aguamanil, que está llena de agua; un plato hondo que recoge el agua, llamado jofaina; y una toalla, llamada manutegio, con la que el sacerdote seca sus manos al final.

Los fieles pueden unirse con el corazón a este gesto sacerdotal, pidiendo nuevamente la limpieza y la purificación de su ser, usando las mismas palabras del salmo 50 (4), que dice el sacerdote mientras se lava las manos:

“Lava del todo mi delito, Señor, limpia mi pecado.”

5. Oración sobre las ofrendas

Después, el sacerdote, desde el centro del altar, se dirige a todos los presentes, y los invita a orar. Si se empleó incienso, el pueblo se puso de pie para ser incensado. De lo contrario, antes de la invitación todos se ponen de pie para dirigirse a Dios para pedir que el sacrificio sea agradable:

“Oren, hermanos, para que este sacrificio, mío y de ustedes, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.”

El sacerdote pide orar para que “este sacrificio mío y de ustedes”. No dice “este sacrificio nuestro”, como parecería más lógico existiendo un pronombre posesivo que los incluiría a todos. Con esta expresión se

distingue entre el sacerdocio real de todos los bautizados ahí presentes y el sacerdocio ministerial que él posee por su ordenación. Además, distingue entre el Sacrificio Santo del Hijo, y la ofrenda sacrificial de cada persona. El Sacrificio de Cristo siempre será agradable al Padre. Pero el sacrificio que cada uno ofrece, puede serlo o no. Por ello, con esta expresión se le pide también que el sacrificio que cada uno va a ofrecer sea agradable. El del sacerdote puede no ser agradable, pero el de una viejecita humilde que participa en la misa sí serlo. Rogamos para que el sacrificio de cada uno sea agradable al Padre.

El Misal prevé que el sacerdote abra y cierre los brazos mientras hace la invitación a orar. No es extender las manos, como cuando se dirige solemnemente a Dios. Es abrir y cerrar. Es un gesto que significa que recoge las oraciones de todos los fieles.

En la traducción al español del Misal se prevén otras opciones para invitar a orar. La primera hace referencia a que se ofrece el sacrificio de toda la Iglesia:

“En el momento de ofrecer el sacrificio de toda la Iglesia, oremos a Dios, Padre todopoderoso.”

La segunda a las alegrías y penas que todos los fieles depositaron en el altar, para que se sean un sacrificio agradable al Padre:

“Oremos, hermanos, para que, llevando al altar los gozos y las fatigas de cada día nos dispongamos a ofrecer el sacrificio agradable a Dios, Padre todopoderoso.”

A la invitación a orar responden todos los fieles orando, pero sin dirigirse a Dios, sino por mediación del sacerdote. Se pide al Señor que reciba el sacrificio del sacerdote (reciba de tus manos) para dos cosas: para la alabanza y gloria de su nombre, el nombre de Dios que pedimos en el Padrenuestro que sea santificado; y para el bien no solo de los presentes, sino de toda la comunidad que integra la Iglesia:

“El Señor reciba de tus manos este sacrificio, para alabanza y gloria de su nombre, para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia.”

Como todos ya están orando, el sacerdote no invita nuevamente a orar diciendo “Oremos”, sino que continúa con la oración. La petición de la asamblea la concluye el sacerdote dirigiéndose al Dios de forma solemne, con las manos extendidas, y pidiéndole que acepte las ofrendas que se le han presentado. Esta oración cambia cada día.

Como no somos mas que polvo, la oración que dirigimos a Dios en si no vale nada. Por eso, el sacerdote concluye diciendo que no es por nuestros méritos, sino por los de Jesucristo. Si es a él a quien se dirige la oración, concluye:

“Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.”

Si la oración se dirigía al Padre, se pone como mediador al Hijo, y la oración concluye:

“Por Jesucristo, nuestro Señor.”

Por concordancia en lo que se dice, si la oración se dirigió al Padre, pero se mencionó al Hijo al final, concluye diciendo:

“Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.”

II. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: EL PREFACIO

Comienza la gran oración que se dirige al Padre, la Plegaria Eucarística. En ella se hará presente Jesucristo bajo las apariencias del pan y del vino por medio del Espíritu Santo, para ser elevado sobre el altar y ofrecido al Padre.

Los obispos usan un casquete circular sobre la cabeza que se llama solideo. Solideo deriva de dos palabras latinas: *sol*i, solo, y *Deo*, Dios. Tiene ese nombre porque solo se lo quitan ante Dios. Antes de iniciar esta plegaria deben de quitárselo, porque estarán ante Dios.

En la Tienda del Encuentro había un candelabro que ardía junto al Arca de la Alianza, símbolo de la presencia del Señor (Ex 25, 31-40). Ese candelabro también se colocó en el templo (1 Rey 7, 48.50). En el Apocalipsis, Juan narra que vio al Hijo del Hombre, a Jesucristo, entre velas (Ap. 1, 2-3; 1, 20; y 2,1). Por eso ahora que no solo habrá un símbolo de la presencia de Dios, sino que realmente estará presente Jesucristo, unos acólitos con velas pueden colocarse frente al altar. Esas velas se portan en las celebraciones solemnes, con independencia de las que ya estaban en el presbiterio.

La Plegaria Eucarística inicia con una parte introductoria llamada prefacio, que cambia dependiendo del día. Aunque cambie, tiene elementos que son comunes.

En primer lugar, el sacerdote expresa el deseo de que Dios esté con todos los presentes:

“El Señor esté con ustedes.”

Ese deseo ya lo pudo haber expresado al inicio de la misa, para reconocer al Señor en la asamblea; y ya se expresó antes de proclamar el Evangelio, para reconocer al Señor en sus palabras. Ahora nuevamente se hace, para reconocer al Señor que se hará presente de forma real, sustancial, y permanente bajo las apariencias del pan y del vino, y para pedirle a Dios que acompañe a todos de forma más intensa durante esta gran oración. Lo hace mientras abre las manos, como gesto de que pide que el Señor acompañe a todos.

El pueblo responde expresando el mismo deseo respecto al sacerdote, pidiendo que el Señor lo acompañe mientras ejerce su función sagrada en la Plegaria Eucarística:

“Y con tu espíritu”.

Luego, el sacerdote eleva las manos mientras dice:

“Levantemos el corazón”

Con las palabras y con un gesto está invitando a todos los presentes, y también a él mismo, porque lo hace en la primera persona del plural. Si el gesto y la palabra coinciden es para remarcar que es algo que debemos hacer todos los que participamos en la misa. No es una frase hecha. Es una invitación presente. Levantar es llevar a lo alto, al cielo. Es la dimensión ascendente de la liturgia: subir a Dios. Levantar el corazón es subir los afectos y los pensamientos al cielo; que a partir de ahora se dediquen en exclusiva al que habita en lo alto (Sal 122, 2).

Mientras el sacerdote levanta las manos puede pensar que está haciendo el gesto de los niños pequeños cuando piden a su papá que los cargue. Los fieles pueden también pensar que el sacerdote en representación de todos le pide al Padre que nos cargue en sus brazos.

Desde los ritos introductorios, la liturgia nos ha ido elevando. Por eso, los presentes pueden contestar:

“Lo tenemos levantado hacia el Señor.”

Todo lo anterior nos ha subido. Si hemos estado distraídos, este es un buen momento para concentrarnos, de manera que no sea una frase ritual el responder que tenemos levantado el corazón hacia el Señor, sino que venga acompañada de una elevación del pensamiento y de los afectos a partir de ese momento.

En la Última Cena Jesús realizó cuatro acciones: tomar, dar gracias, partir, y dar (Lc 22, 19-20), como antes dijimos. La segunda de las acciones ahora la repetirá el sacerdote: dar gracias. Comenzará a darle gracias al Padre, como lo hizo Jesús en el cenáculo. Como ya lo había hecho anteriormente, diciendo: “Te doy gracias, Padre” (Lc 10, 21 Mt 11, 25). Y como lo hizo antes de la segunda multiplicación de los panes (Mc 8, 6).

Jesús ofreció el sacrificio de acción de gracias al que se refería el salmo (50, 14), y ahora lo viviremos. Para ello invita a todos, él incluido, a dar gracias a Dios:

“Demos gracias al Señor, nuestro Dios”

A esa invitación se responde diciendo:

“Es justo y necesario”

Justicia es dar a cada quien lo suyo. Lo que debemos darle a Dios es las gracias. Eso es lo que le corresponde al Padre, que nos ha dado todo en Jesucristo. El texto latino acompaña la justicia de otra palabra “digno” (*dignum et iustum est*). En castellano se ha traducido como “necesario”. Digno es quien es merecedor de algo. Si queremos merecer la salvación es necesario agradecer. Es necesario porque dar gracias “es la voluntad de Dios” (1 Tes 5, 18), es lo que quiere de nosotros. Y solo podremos salvarnos cumpliendo su voluntad, pues así seremos familia de Jesús (Mt 12, 50). Así, la oración que se iniciará es justa para Dios y necesaria para los hombres.

Ya preparados y convencidos de que debemos hacerlo, el sacerdote inicia la plegaria de acción de gracias haciendo una referencia a lo que respondió el pueblo:

“En verdad es justo y necesario [...]”

Luego profundiza sobre la justicia diciendo que:

“[...] es nuestro deber [...]”

Y sobre la necesidad diciendo:

“[...] y salvación [...]”

Tras lo cual se refiere al tiempo y al espacio del agradecimiento, indicando que el tiempo de dar gracias debe ser continuo (1 Tes 5, 18), y no debe existir reserva a determinada zona:

“[...] darte gracias siempre y en todo lugar [...]”

Y posteriormente indica a quién se le da gracias, al Padre, al Todopoderoso, al Eterno:

“[...] Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno [...]”

Después, el sacerdote continúa bordando el agradecimiento, indicando el motivo por el que se da gracias, y explicando las razones. La mayoría de las veces se le da gracias por Jesucristo. Muchas veces esto nos pasa

inadvertido. Dar gracias por Jesús. Por su encarnación, por sus enseñanzas, por su muerte, por su resurrección. Por liberarnos (Rom 6, 18), por comprarnos (1 Cor 6, 20) y hacernos hijos de Dios (1 Jn 3, 1). A veces damos gracias por otras cosas, por un favor recibido; pero no la hacemos por lo más importante, por Jesucristo.

Levantamos el corazón. Se encuentra en el cielo. Ahí están los santos y los ángeles cantando al Señor. Nuestro lenguaje para darle gracias a Dios es limitado. Por ello nos unimos al coro de los ángeles. De acuerdo al Apocalipsis, los ángeles no se cansaban de decir día y noche “Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios” (4, 8). El profeta Isaías también escuchó a los serafines cantar tres veces la santidad del Señor: “¡Santo santo, santo es el Señor de los ejércitos! Toda la tierra está llena de su gloria.” (6, 3). Esas palabras tomadas de Isaías han servido para componer el himno angélico, al que se suma la expresión de público exclamada por la multitud que recibió a Jesús en Jerusalén: “¡Hosanna en las alturas! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!” (Mt 21, 9; Mc 11, 9; Jn 12, 12), tomando una expresión del salmo 118 (26). Unidos a los ángeles y a esa multitud, cantamos:

“Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del Universo. Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria. Hosanna en el cielo. Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en el cielo.”

III. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: EL POST-SANTO

La Plegaria Eucarística, la gran oración de la Iglesia, inició con el prefacio. Después de que nos unimos al coro de los ángeles y utilizamos sus palabras para alabar a Dios, tres veces santo, continúa.

Antiguamente existía una sola fórmula para continuar con esta plegaria, que se denominaba Canon. Canon significa regla, norma. Era la forma mandada para que todas las iglesias que seguían el rito romano bendijeran

al Padre. Por ello se le conoce como Canon Romano. Se usaba desde los primeros siglos, y su actual forma, sustancialmente, la definió san Gregorio Magno.

Tras el Concilio Vaticano II se compusieron otras doce fórmulas llamadas anáforas o plegarias eucarísticas. De esta forma, en el Misal se prevén trece: cuatro en el apartado del ordinario; y en el apéndice aparece la V (con cuatro variantes); la llamada “de la reconciliación” (con dos variantes); y tres para las misas con niños.

Aunque son distintas, todas tienen elementos comunes. Vamos a explicar estos únicamente en las cuatro plegarias que aparecen en el ordinario, y que son las que se utilizan con más frecuencia.

Como la Plegaria Eucarística ya inició con el prefacio, la primera parte después del Santo es una continuación de prefacio.

I. Canon Romano

El Canon Romano, en latín, inicia con una frase:

“Te igitur”

La traducción es “a ti mismo”. Es decir, se refiere al Padre, a quien se le estaba dando gracias. Como en un principio no existía en Santo, se continuaba la alabanza diciendo “a ti mismo”, a lo que se añadió “Padre clementísimo”. Ahora, en la versión española, inicia:

“Padre misericordioso”

Tras lo cual se le hace la petición de que acepte los dones que se le ofrecen por la mediación de su Hijo:

“te pedimos humildemente por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que aceptes y bendigas estos dones, este sacrificio santo y puro que te ofrecemos”

Al hacer esta petición, el sacerdote traza el signo de la cruz sobre el pan y el vino. Los bendice, como dice santo Tomás de Aquino, porque la aceptación del sacrificio procede de la eficacia de la cruz de Cristo.⁷

2. Plegaria Eucarística II

La Plegaria Eucarística II, que se compuso ya que se había incorporado el Santo a la Misa, continúa la alabanza del Santo, diciéndole al Padre que sólo él es santo y es quien puede participar la santidad:

“Santo eres en verdad, Señor, fuente de toda santidad”

3. Plegaria Eucarística III

La Plegaria Eucarística II también se compuso tras la incorporación del Santo. Por eso, también continúa hablando la santidad del Padre, alabándolo por Jesucristo, y recordando que, por medio del Espíritu Santo, el que aleteaba en los inicios del mundo para dar vida, santifica todo, y congrega a la Iglesia a ofrecer un sacrificio. Este sacrificio, dice el Misal usando las palabras del salmo (113, 3), se ofrece en todo el mundo: desde oriente hasta occidente; y se ofrece en todo momento: desde que sale el sol hasta el ocaso, en lo que esperamos el día en que no tendrá ocaso, el día en que volverá el Señor.

“Santo eres en verdad, Padre, y con razón te alaban todas tus criaturas, ya que por Jesucristo, tu Hijo, Señor nuestro, con la fuerza del Espíritu Santo, das vida y santificas todo, y congregas a tu pueblo sin cesar, para que ofrezca en tu honor un sacrificio sin mancha desde donde sale el sol hasta el ocaso.”

⁷ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, III, q. 83, a. 5

4. Plegaria Eucarística IV

La Plegaria Eucarística IV cuenta con un prefacio propio, que no puede cambiarse por otro. En ese prefacio se le da gracias al Padre por ser el Dios que existe desde siempre, la luz sobre toda luz, y la fuente de la vida, recordando el prólogo del Evangelio de San Juan (1, 1, 18).

Por ello, tras el Santo continúa alabando al Padre, pero ahora insertándolo en su intervención en la Historia. Inicia con la creación:

“Te alabamos, Padre santo, porque eres grande y porque hiciste todas las cosas con sabiduría y amor. A imagen tuya creaste al hombre y le encomendaste el universo entero, para que, sirviéndote sólo a ti, su Creador, dominara todo lo creado.”

Después recuerda el pecado original, y la misericordia de Dios frente a la humanidad:

“Y cuando por desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busca.”

Tras ello, hace una referencia a la antigua alianza, y a la función de esperanza que tenían los profetas, mediante el anuncio de la salvación:

“Reiteraste, además, tu alianza a los hombres; por los profetas los fuiste llevando con la esperanza de salvación.”

Luego, utilizando las palabras que Jesús le dijo a Nicodemo (Jn 3, 16) recuerda que el Hijo vino por el gran amor de Dios al mundo; y usando las palabras de san Pablo, recuerda que este instante se realizó al llegar la plenitud de los tiempos (Ga 4, 4), que el tiempo fue pleno, fue lleno, cuando el Eterno entró él.

“Y tanto amaste al mundo, Padre santo, que, al cumplirse la plenitud de los tiempos, nos enviaste como salvador a tu único Hijo.”

Prosigue profesando la fe en que el Hijo se hizo verdaderamente hombre, que compartió en todo la condición humana, y explica la misión que había profetizado Isaías de Jesús, y que él mismo confirmó que se había cumplido en él en la sinagoga de Nazaret (Lc 4, 14-21): anunciar la salvación a los pobres, la liberación a los oprimidos, y el consuelo a los afligidos:

“Él se encarnó por obra del Espíritu Santo, nació de María, la Virgen, y así compartió en toda nuestra condición humana menos en el pecado; anunció la salvación a los pobres, la liberación a los oprimidos y a los afligidos el consuelo. Para cumplir tus designios, él mismo se entregó a la muerte, y, resucitando, destruyó la muerte y nos dio nueva vida.”

Y concluye la introducción con un recuerdo del fin de la muerte y resurrección de Jesús usando las palabras de San Pablo (2 Cor, 5, 15), y de la misión de la Iglesia por medio del Espíritu Santo:

“Y a fin de que no vivamos ya para nosotros mismos, sino para él, que por nosotros murió y resucitó, envió, Padre, al Espíritu Santo como primicia para los creyentes, a fin de santificar todas las cosas, llevando a plenitud su obra en el mundo.”

IV. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: LA EPÍCLESIS

Epiclesis es una palabra que significa invocación al Espíritu Santo. El sacerdote debe de invocar al Espíritu Santo para que se haga presente en la Iglesia, y con su fuerza haga posible el gran milagro que ha de ocurrir: la transformación del pan y del vino en Jesús.

Si con las palabras “levantemos el corazón” quedó clara la dimensión ascendente de la liturgia, con la epiclesis queda clara la dimensión descendente de la liturgia: Dios baja para encontrarse con nosotros.

En la primera página de la Biblia aparece el Espíritu Santo. Dice el Génesis (1, 2) que el espíritu de Dios se cernía sobre las aguas. Cerner significa mover las alas, y también puede significar depurar o dejar caer

polen. Así, el Espíritu aparece en el primer momento produciendo vida en el mundo.

El sacerdote invoca al Espíritu Santo para que realice una acción como la que nos narra el Génesis. Que revolotee para que donde hay materia inerte, pan y vino, ahora sea la misma Vida, que sea Jesucristo, que se definió a sí mismo como la Vida (Jn 14, 6).

Narra San Juan que el día de la resurrección, Jesús se le apareció a los apóstoles y sopló sobre ellos y les dijo “Recibid el Espíritu Santo” (Jn 20, 22). Los apóstoles recibieron este soplo divino. Por la imposición de las manos, los apóstoles se lo transmitieron a sus sucesores. Ellos, a su vez, a sus sucesores.

Mediante la imposición de las manos, el celebrante ha recibido ese hálito divino por una línea recta que se remonta a los mismos apóstoles. Ahora extiende las manos sobre el pan y el vino. De esta manera aparece una sombra sobre los dones. Esa sombra nos recuerda que la Palabra se hizo hombre porque la sombra del altísimo cubrió a María (Lc 1, 35).

Haciendo sombra, el sacerdote invoca al Espíritu Santo para que descienda sobre el pan y el vino como descendió sobre María. La misma sombra vivificadora que se hizo presente en Nazaret está frente a nosotros, aunque no lo podamos ver. Realmente ahí está para actuar, para permitir que el mismo Jesús que se encarnó en María, se haga realmente presente entre nosotros.

Es un momento impresionante el que vivimos en cada misa. Incluso, podemos preguntarnos, como María en la Anunciación “¿Cómo puede ser eso posible?” (Lc 1, 34), no porque dudemos del poder de Dios, sino porque no comprendemos con nuestra razón este gran misterio que vivimos.

Ante la presencia del Señor y dador de vida los fieles se arrodillan. El sacerdote no puede hacerlo, porque debe seguir actuando en el altar. Y en este momento, en el corazón, todos podemos invocarlo para que también descienda sobre nosotros y nos transforme en otros cristos. Con los himnos

litúrgicos, en el corazón podemos decir, Ven Espíritu Creador, Ven Espíritu para encender en nuestros corazones el fuego de tu amor.

En el Canon Romano, la invocación al Espíritu Santo no es expresa. Se le pide al Padre que santifique la ofrenda, lo cuál hace a través del Santificador, de la Tercera Persona de la Trinidad. Se le pide que la santifique para sea perfecta, espiritual y digna, para que se convierta en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo:

“Bendice y santifica esta ofrenda, Padre, haciéndola perfecta, espiritual y digna de ti, de manera que se convierta para nosotros en el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo amado, Jesucristo, nuestro Señor.”

En la Plegaria Eucarística II se había recordado que el Señor no solo es santo, sino la causa, la fuente de toda la santidad. Es por ese motivo que se le pide la santificación de los dones por la efusión, por el derramamiento del Espíritu Santo:

“por eso te pedimos que santifiques estos dones con la efusión de tu Espíritu”

En la Plegaria Eucarística III también se había recordado la santidad de Dios ya cantada en el Santo, por lo que se le pide al padre que envíe al Paráclito sobre los dones que fueron separados, que fueron seleccionados en el ofertorio. Esta plegaria utiliza para referirse a la Tercera Persona una expresión usada por San Pablo: “el mismo Espíritu” (1 Cor 12, 4-11)

“Por eso, Padre, te suplicamos que santifiques por el mismo Espíritu estos dones que hemos separado para ti”

En la Plegaria Eucarística IV se había recordado el envío del Espíritu Santo. Por eso, continúa pidiendo que ese mismo Espíritu santifique las ofrendas:

“Por eso, Padre, te rogamos que este mismo Espíritu santifique estas ofrendas”

En las plegarias eucarísticas II, III y IV, no se había trazado el signo de la cruz sobre el pan y el vino antes de la epiclesis. Por ello, hay que hacerlo después de la invocación al Espíritu Santo, recordando lo que dijo santo Tomás: que el fruto del sacrificio procede de la eficacia de la cruz.

En la Plegaria Eucarística II, mientras se dice:

“de manera que se conviertan para nosotros en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, nuestro Señor.”

En la Plegaria Eucarística III, mientras se dice:

“de manera que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro, que nos mandó celebrar estos misterios.”

Y en la Plegaria Eucarística IV, mientras se dice:

“para que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, nuestro Señor, y así celebremos el gran misterio que nos dejó como alianza eterna.”

V. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: LA NARRACIÓN DE LA INSTITUCIÓN Y LA CONSAGRACIÓN

I. Consagración del pan

El sacerdote continúa la Plegaria Eucarística narrando la institución de la Eucaristía. Inicia situando el tiempo en que se desarrolló. Sabemos que fue en la Última Cena, pero se puede expresar de distintas maneras. En el Canon Romano se dice que fue en la víspera de la Pasión. En la Plegaria Eucarística II se dice que fue “cuando iba a ser entregado a su Pasión”, añadiendo que fue voluntaria su entrega, porque Jesús se entregó porque quiso (Jn 10, 18). La Plegaria Eucarística III sitúa la institución “la noche que iba a ser entregado”, usando las palabras de san Pablo (1 Cor 11, 23). Y la Plegaria Eucarística IV dice que fue llegada la hora en que Jesús iba a ser glorificado por el Padre, usando la expresión del mismo Cristo después de

entrar en Jerusalén, cuando unos griegos pidieron a Felipe verlo (Jn 12, 28); y también indica que en ese momento había amado hasta el extremo a los suyos, como indica Juan al inicio del relato de la Última Cena (Jn 13, 1).

Después, en las cuatro anáforas el sacerdote narra que Jesús tomó el pan, como lo indican los cuatro relatos de la institución que aparecen en el Nuevo Testamento. El Canon Romano explicita que lo tomó en “sus santas y venerables manos”. En este momento, el sacerdote toma el pan en sus manos.

El Canon Romano, después de narra esa acción, dice que Jesús elevó los ojos al cielo, hacia el Padre, como hizo en la oración sacerdotal (Jn 17, 1). En este momento, el sacerdote debe de elevar los ojos también.

Luego, salvo en la Plegaria Eucarística IV se narra que Jesús dio gracias, como lo indican San Lucas y San Pablo (Lc 22, 19; 1 Cor, 11, 24). Después, salvo en la Plegaria Eucarística II se narra que Jesús bendijo al Padre, como lo indican San Mateo y San Marcos (Mt 26, 26, Mc 14, 22).

La narración continúa, en las cuatro anáforas, indicando que Jesús partió el pan y lo dio, como aparece en los cuatro relatos de la institución. Estas acciones no deben de ser imitadas por el sacerdote en este momento. Las va a realizar, porque en la misa se repiten las mismas acciones de Cristo. Pero en otros momentos posteriores.

De esta forma, en el Canon Romano se narra:

“Él mismo, la víspera de su Pasión, tomó pan en sus santas y venerables manos y, elevando los ojos al cielo, hacia ti, Dios, Padre suyo todopoderoso, dando gracias te bendijo, lo partió, y lo dio a sus discípulos, diciendo:”

En la Plegaria Eucarística II:

“El cual, cuando iba a ser entregado a su Pasión, voluntariamente aceptada, tomó pan, dándote gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo:”

En la Plegaria Eucarística III

“Porque Él mismo, la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y dando gracias te bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo:”

Y en la Plegaria Eucarística IV

“Porque él mismo, llegada la hora en que había de ser glorificado por ti, Padre santo, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Y, mientras cenaba con sus discípulos, tomó pan, te bendijo, lo partió y se lo dio, diciendo:”

Indica la rúbrica que, con el pan en las manos, el sacerdote se inclina. Todos los fieles están de rodillas. El sacerdote no puede arrodillarse, por lo que está haciendo. Pero, por lo menos, se inclina ante el misterio, ante el gran milagro que ha de suceder en sus manos.

Hasta ese momento, el sacerdote había narrado, había platicado como si fuera un externo, lo ocurrido en la Última Cena. A partir de ahora hablará en primera persona. Esto es así porque quien dice las palabras siguientes es Jesús. Escuchamos la voz del sacerdote, pero es Jesús quien las dice. El mismo que las dijo en el Cenáculo, las dice ahora usando las cuerdas vocales del sacerdote.

En todas las plegarias eucarísticas las palabras son las mismas, que aparecen en los relatos de Lucas y de Pablo, y son:

“TOMEN Y COMAN TODOS DE ÉL, PORQUE ESTO ES MI CUERPO, QUE SERÁ ENTREGADO POR USTEDES”.

En el gran himno eucarístico, el Adoro Te Devote, Santo Tomás de Aquino dice refiriéndose a lo que tiene en las manos el sacerdote: “al juzgar de ti se equivocan la vista, el tacto, y el gusto; pero basta con el oído para creer con firmeza”. Si probamos lo que tiene el sacerdote, sabría a pan, como antes de esas palabras; al verlo, no notaríamos diferencia entre el antes y el después; y el sacerdote, al tocarlo, no percibe diferencia en sus dedos. Pero la vista, el tacto y el gusto se equivocan, como dice el himno. El

oído no. Hemos escuchado que Jesús dijo “es mi cuerpo”. Y le creemos, porque solo él tiene palabras de vida eterna (Jn 6, 68).

En los primeros siglos, después de consagrar el Pan, el sacerdote lo dejaba sobre el altar. Pero los fieles, llenos de fe, le pedían al sacerdote que les mostrara la Hostia recién consagrada. Como los griegos que se le acercaron a Felipe para pedirle: “queremos ver a Jesús” (Jn 12, 21). Para satisfacer esta devoción eucarística, se dispuso que el sacerdote elevara el Cuerpo de Cristo para que todos lo pusieran ver.

Durante el ofertorio se levantó un poco el pan en la patena. Ahora el sacerdote lo eleva mucho más alto y sin la patena. Dice el Misal que el sacerdote muestra el Cuerpo de Cristo a los fieles. El sacerdote muestra. El gesto lógico de los fieles es mirar lo que se muestra. Ver ese Pan que no es pan, sino Jesús que nos dice “yo soy el pan de vida” (Jn 6, 35), yo soy, aunque con tus ojos no te des cuenta. Ahí esta Jesús, en las manos del sacerdote, buscando miradas de amor. Y en este momento puede decirse la frase del Apóstol Tomás: “Señor mío y Dios mío”, como lo recomendaba el papa san Pío X.

Un himno eucarístico dice: “Ave, verdadero cuerpo nacido de María Virgen”. El mismo cuerpo que vivió en María y que nació de ella, está ahora presente bajo la apariencia pan. En este momento también podemos encontrar a María, llevándonos a Jesús.

Durante la elevación, el acólito o el diácono puede incensar el Cuerpo de Cristo. Los Magos regalaron incienso a Jesús (Mt 2, 11), porque reconocían que ese pequeño niño era Dios. Ahora se incienso como un acto de fe en que no es Pan, sino Cristo. Como indica el salmo 141, el incienso también representa la oración de todos los presentes que llega hasta Cristo presente en lo alto de los brazos del sacerdote.

Una vez que termina la elevación, el sacerdote deja el Cuerpo de Cristo en la patena. Y el Misal indica lo adora haciendo genuflexión. No es simplemente hacer una genuflexión. Es adorar de esa manera. Es reconocer

la pequeñez del sacerdote como hombre, igual que la de todos los fieles, frente a Dios ahora presente sobre el altar.

2. Consagración del vino

Una vez que el sacerdote se pone de pie, continúa con el relato de la institución, ahora en lo referente a la Sangre de Cristo. Todas las anáforas inician diciendo “Del mismo modo, acabada la cena”, que son las palabras que usa san Pablo para conectar la consagración del pan y del vino en el relato de la institución (1 Cor 11, 25).

Luego, el sacerdote narra que Jesús tomó el cáliz, como indican Mateo, Marcos y Pablo (Mt 26, 27; Mc 14, 23; y 1 Cor 11, 25). Esta acción de Cristo, que ahora repite el sacerdote nos recuerda al salmo 116 (12-13), que tras preguntar cómo pagar al Señor por el bien que ha hecho, responde: “Alzaré la copa de salvación e invocaré el nombre del Señor”. El Canon Romano añade que lo tomó en sus santas y venerables manos, como había dicho en la consagración del pan. La Plegaria Eucarística IV añade que el cáliz estaba lleno del fruto de la vid, recordando la presentación del vino en el ofertorio.

Después, como indican Mateo y Marcos se narra que Jesús volvió a dar gracias. Las plegarias eucarísticas I y III añaden que dio gracias y bendijo al Padre.

Finalmente, siguiendo lo dicho por Mateo y Marcos, narra que se las pasó a sus discípulos.

Así, en el Canon Romano se narra:

“Del mismo modo, acabada la cena, tomó este cáliz glorioso en sus santas y venerables manos, dando gracias te bendijo, y lo dio a sus discípulos, diciendo:”

En la Plegaria Eucarística II y en la III:

“Del mismo modo, acabada la cena, tomó el cáliz, y, dándote gracias de nuevo, lo pasó a sus discípulos, diciendo:”

Y en la Plegaria Eucarística IV:

“Del mismo modo, tomó el cáliz lleno del fruto de la vid, te dio gracias y lo pasó a sus discípulos, diciendo:”

Nuevamente el Misal indica que el sacerdote se incline, como un gesto de reverencia hacia el gran milagro que ha de suceder en sus manos, para el que prestará su voz, que debe ser lo más clara posible.

El sacerdote, por eso, habla en primera persona, porque Jesús es el que dice las palabras consagradorias. En todas las plegarias eucarísticas las palabras son las mismas, que aparecen en los relatos de Mateo y Marcos, a las que se le añade el mandato de hacer eso mismo en conmemoración de Cristo que aparece en la Primera Carta a los Corintios, y son:

“TOMEN Y BEBAN TODOS DE ÉL, PORQUE ÉSTE ES EL CÁLIZ DE MI SANGRE, SANGRE DE LA ALIANZA NUEVA Y ETERNA, QUE SERÁ DERRAMADA POR USTEDES Y POR MUCHOS PARA EL PERDÓN DE LOS PECADOS. HAGAN ESTO EN CONMEMORACIÓN MÍA”.

En el Éxodo se narra que el para concluir la alianza con Israel, Moisés inmoló terneros al Señor, y que tomó la mitad de su sangre, la puso en unos recipientes y con esa sangre roció al pueblo diciendo que esa era la sangre de la alianza hecha por el Señor con ellos (Ex 24, 6-8).

En el cáliz, por las palabras de la consagración ahora está la Sangre de la Nueva Alianza, está el mismo Cristo. No es una Sangre que rociarán sobre nuestras cabezas. Como aparentemente es vino, es una Sangre para ser bebida. Es la verdadera bebida, la bebida de Vida eterna (Jn 6, 53-56).

Un tiempo después de que se dispusiera la elevación del Cuerpo de Cristo, se ordenó también la elevación del cáliz, por una simetría. Esto no lo habían pedido los fieles devotos, porque se ve el cáliz y no la Sangre de Cristo que contiene.

No lo vemos, pero sabemos que dentro del cáliz está también realmente presente Jesús. El cáliz puede simbolizar a María. Así como su prima Isabel, no veía a Jesús cuando Nuestra Señora fue a visitarla, pero creía que ahí

estaba su Salvador, nosotros creemos que dentro del cáliz está Jesucristo como estaba en el vientre de María.

Durante la elevación, el diácono o el acólito pueden incensar el cáliz, como durante la elevación anterior. Si se incienso, frente al altar podemos ver una nube, que nos recuerda a la nube que guiaba al pueblo de Israel (Ex 13, 17-22), o la columna desde donde el Señor habla a Moisés (Ex 24, 18). Es la Eucaristía la guía de nuestra vida; en la Eucaristía escucharemos la voz de Dios, porque no son pan ni vino, sino la misma Palabra de Dios hecha hombre.

El sacerdote deja el cáliz sobre el altar, y el Misal indica nuevamente que lo adora haciendo genuflexión. El sacerdote y los fieles adoran. Adorar es rendir culto. Pero en castellano también significa amar con extremo. Es un momento para manifestarle en el corazón nuestro amor a Jesús presente en el altar.

3. Aclamación

Cuando el sacerdote se pone de pie tras la genuflexión, inicia una aclamación a Cristo ahora presente en el altar. Las palabras para hacerlo, que antes se insertaban en la consagración, son tomadas de san Pablo (1 Tim 3, 9), que son “Mysterium fidei”, misterio de la fe. San Pablo las usa para invitar a custodiar esa realidad. En castellano se ha traducido inicialmente como “Sacramento de nuestra fe”, y en las siguientes ediciones también aparece la tradición literal. Por ello, el sacerdote dice:

“Este es el Misterio de la fe”, o bien,

“Este es el Sacramento de nuestra fe”

El pueblo continúa aclamando con unas palabras que expresan que se está siguiendo el mandato de Jesús de anunciar su muerte y resurrección a todos los pueblos (Lc 24, 46):

“Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!”

Al final se le pide a Jesús que venga. Puede resultar extraño decir esto después de la consagración. ¿Qué no vino ya Jesús, y se encuentra realmente presente en el altar? Ciertamente Cristo está presente, pero esta expresión se refiere a su segunda venida. Los cristianos somos los que aguardamos y esperamos esta nueva manifestación, porque entonces lo veremos tal cual es y seremos semejantes a él, como escribió san Juan (1 Jn 3, 2).

Al aclamar el Misterio de la fe, le pedimos que se manifieste tal cual es, que venga ya. Y lo hacemos con una expresión que decían los primeros cristianos. Aparece, por ejemplo, al final de la Primera Carta a los Corintios (16, 24) como *Maranata*, que es la transcripción griega de dos palabras hebreas que significan el Señor viene, y que los primeros cristianos ya decían en la Misa.⁸ También aparece en el penúltimo versículo de la Biblia, en el Apocalipsis (22, 20), en la forma en que se dice en la misa: ven, Señor Jesús.

En el Misal se prevé otra fórmula de aclamación que puede usarse, en la que el sacerdote invita a realizarla:

“Aclamen el Misterio de la redención.”

A esta aclamación se responde usando las palabras que utiliza san Pablo al final del relato de la institución de la Eucaristía (1 Cor 11, 26), en las que se afirma que cada vez que hacemos lo que Jesús mandó proclamamos la muerte del Señor hasta que vuelva:

“Cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas.”

⁸ Didaché 10.6

Y también prevé una tercera opción de aclamación, en la que el sacerdote, continuando con las últimas palabras de la consagración del vino, afirma:

“Cristo se entregó por nosotros.”

A lo que se responde:

“Por tu cruz y resurrección nos has salvado, Señor.”

VI. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: LA ANAMNESIS

Después de la aclamación tras la consagración, sigue una parte de la plegaria llamada anamnesis. Anamnesis es una palabra que procede del griego que significa hacer presente.

La Carta a los Hebreos (7, 27) dice que Jesús ofreció su sacrificio de una vez para siempre. El de una vez comporta el siempre, explica san Bernardo de Claraval. El Sacrificio de Cristo sólo sucedió una vez, pero esa vez es siempre. Como dice Joseph Ratzinger, en la misa no alcanzamos un pasado, sino la contemporaneidad con Jesucristo. En la misa penetramos en la contemporaneidad de Cristo. Todo el tiempo de la Iglesia está en la misa.⁹

Esto no lo podemos comprender, porque estamos inmersos en el tiempo, y todo lo pensamos en relación al tiempo. Clasificamos y hablamos refiriéndonos a lo que fue, a lo que es y a lo que será. Pero Dios está fuera del tiempo, es eterno. Dice la Carta a los Hebreos que Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre (13, 8). Por eso, su sacrificio es el mismo ayer hoy y siempre. Todo es en el mismo instante para Dios. Y en la misa entramos en la eternidad.

En la misa no se hace un simple recuerdo, como cuando unos amigos recuerdan un viaje o antiguas clases. En la misa, hacer memoria es renovar, es estar presente en el momento en el que sucede algo. El velo del tiempo se

⁹ Ratzinger, *El espíritu de la liturgia*, Madrid, Cristiandad, 2001, p. 78

rasga y estamos presenciando, aunque no lo veamos, todos los misterios de nuestra salvación.

En la misa, explicó el papa Francisco,¹⁰ no hacemos una representación del misterio pascual de Jesús. Es otra cosa. Es propiamente el misterio pascual de Jesús. Podemos estar presentes en todos los acontecimientos del misterio pascual.

El sacerdote ya narró la institución de la Eucaristía en la Última Cena. Pero no solamente estamos presentes en la Última Cena. Estamos presentes en todo el misterio pascual. Por eso, se hace memoria de todos los acontecimientos pascales: de la pasión, de la muerte, de la resurrección y de la ascensión del Señor.

Para hacerlo, el sacerdote vuelve a dirigirse al Padre después de haber dicho las palabras de la consagración del vino.

En el Canon Romano se hace esta anamnesis diciendo:

“Por eso, Padre, nosotros, tus siervos, y todo tu pueblo santo, al celebrar este memorial de la muerte gloriosa de Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor; de su santa resurrección del lugar de los muertos y de su admirable ascensión a los cielos, te ofrecemos, Dios de gloria y majestad, de los mismos bienes que nos has dado, el sacrificio puro, inmaculado y santo: pan de vida eterna y cáliz de eterna salvación.”

En la Plegaria Eucarística II se dice:

“Así pues, Padre, al celebrar ahora el memorial de la muerte y resurrección de tu Hijo,”

En la Plegaria Eucarística III se hace la memoria se dice:

“Así, pues, Padre, al celebrar ahora el memorial de la pasión salvadora de tu Hijo, de su admirable resurrección y ascensión al cielo, mientras esperamos su venida gloriosa.”

¹⁰ Homilía del 10 de febrero de 2014.

Y en la Plegaria Eucarística IV se hace el memorial diciendo:

“Por eso, Padre, al celebrar ahora el memorial de nuestra redención, recordamos la muerte de Cristo y su descenso al lugar de los muertos, proclamamos su resurrección y ascensión a tu derecha;”

VII. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: LA OBLACIÓN

En el Antiguo Testamento podemos leer que se le ofrecían oblaciones al Señor. Oblación significa sacrificio y ofrenda. Abel, ofreció lo mejor de su ganado (Gen 4, 4). Melquisedec, el rey de Salem, ofreció pan y vino (Gen 14, 18). Abraham iba a ofrecer a su propio hijo, Isaac, pero el Señor se lo cambió por un carnero (Gen 22 1-13). Después, se constituyó el sacerdocio levítico, que se dedicaba a ofrecer a Dios distintos dones, como pan o animales (Lev 1-5), dependiendo de su función.

Como dice la Carta a los Hebreos, en Dios constituyó a Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote, que remplace el sacerdocio de los Hijos de Leví (7-8,8). Como Sacerdote, Jesucristo no ofreció algo en sacrificio. Se ofreció a sí mismo al Padre (Hb 9, 14). Es decir, no sólo fue el Sacerdote, sino también la Víctima.

El sacerdote, al celebrar la Misa, participa del sacerdocio eterno de Cristo. Por eso, no ofrece ningún don, ni siquiera a si mismo, sino que ofrece a Jesucristo, ofrece la misma Víctima ofrecida por Cristo Sacerdote.

Por tanto, en la misa debe de existir un momento en el que el sacerdote ofrezca a Cristo al Padre. Esto sucede después de la anamnesis. Este instante es el verdadero ofertorio de la misa. En lo que llamamos ofertorio se le presentó al Padre el pan y vino que se separó. Pero ahora se le ofrece a Jesucristo realmente presente en el altar. Esta es la verdadera ofrenda de la Iglesia, porque es la única capaz de reconciliarnos con el Padre. El pan y el vino por si mismos no pueden quitar los pecados (Hb 10, 4). Pero con la ofrenda de Cristo sí puede realizarse la santificación y, de hecho, se realiza.

La Iglesia enseña que, en este momento, además de ofrecer la Víctima inmaculada, el sacerdote y los fieles deben de ofrecerse a sí mismos.¹¹ Todo lo que se presentó en el ofertorio, ahora se ofrece al Padre. Nuestras angustias, penas y alegrías y, sobre todo, nuestra existencia misma, se ofrece al Padre. Gracias a la misa nuestra vida puede ser corredentora.

En el Canon Romano se hace la oblación recordando los sacrificios que aparecen en el Génesis: el de Abel, el de Abraham y el de Melquisedec:

“Mira con ojos de bondad esta ofrenda y acéptala, como aceptaste los dones del justo Abel, el sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe, y la oblación pura de tu sumo sacerdote Melquisedec.”

Prosigue con una expresión que en latín se dice “supplices”, y que literalmente significa profundamente inclinados, y que se traduce al español como “te pedimos humildemente”. Al iniciar esa expresión, el sacerdote debe de inclinarse profundamente para que la postura física recuerde la posición espiritual que debe tenerse: la humildad. Si Cristo para ofrecer el sacrificio se humilló a si mismo (Fil 2, 8), el sacerdote debe hacer lo mismo. El pueblo no se inclina corporalmente, pero puede recordar en este momento que la grandeza está en servir a los demás (Mt 20, 26). Y nuestro servicio a los demás, se le ofrece al Padre junto con Cristo, mientras el sacerdote dice:

“Te pedimos humildemente, Dios todopoderoso, que esta ofrenda sea llevada a tu presencia, hasta el altar del cielo, por manos de tu ángel, para que cuantos recibimos el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, al participar aquí de este altar,”

Y para decir las últimas palabras de la oblación, el sacerdote se endereza y para que sigan correspondiendo los gestos con las palabras se signa mientras concluye:

¹¹ Concilio Ecuménico Vaticano II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia, Sacrosanctum Concilium*, núm. 48; Sagrada Congregación de Ritos, Instrucción *Eucharisticum mysterium*, de 25 de mayo de 1967, núm. 12.

“seamos colmados de gracia y bendición.”

Los fieles no se signan, pero el ofrecimiento de su vida que hicieron también les alcanza de la Ofrenda del altar la gracia y la bendición.

En la Plegaria Eucarística II el sacerdote hace la oblación de forma más sencilla, diciendo:

“te ofrecemos el pan de vida y el cáliz de salvación, y te damos gracias porque nos haces dignos de servirte en tu presencia.”

En la Plegaria Eucarística III el sacerdote hace la oblación del sacrificio al que llama vivo y santo, usando las palabras de San Pablo (Rom 12, 1):

“mientras esperamos su venida gloriosa, te ofrecemos, en esta acción de gracias, el sacrificio vivo y santo.”

Y en la Plegaria Eucarística IV:

“y mientras esperamos su venida gloriosa, te ofrecemos su Cuerpo y su Sangre, sacrificio agradable a ti y salvación para todo el mundo.”

VIII. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: LAS INTERCESIONES

Narra San Juan, que en la Última Cena Jesús oró al Padre pidiéndole por sus apóstoles: “Te ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por estos que tú me diste, porque son tuyos” (Jn 17, 9), y por los que habríamos de seguirlo en el futuro: “No solo por ellos ruego, sino también por los que crean en mi por la palabra de ellos” (Jn 17, 20).

Jesús pidió por los que lo seguían en ese momento como por los que lo seguiríamos en un futuro. Pidió por los que componemos la Iglesia en cualquier momento de la historia. Por eso, el sacerdote intercede en este momento por la Iglesia, tanto por los vivos como por los difuntos, y expresando que la misa se celebra en comunión con toda la Iglesia, tanto la del cielo como la de la tierra.

1. Intercesión por la unidad de la Iglesia

Se intercede por la Iglesia en general, para la que se pide la unidad, como lo hizo Jesús diciendo: “para que todos sean uno, como tu, Padre en mí y yo en ti, que ellos sean uno en nosotros” (Jn 17, 21).

En el Canon Romano, esta intercesión se hace antes de la consagración. Y en ella, además de la unidad, se pide para la Iglesia la paz, la protección y que la gobierne en el mundo entero:

“este sacrificio santo y puro que te ofrecemos, ante todo, por tu Iglesia santa y católica, para que le concedas la paz, la protejas, la congregues en la unidad,”

En las otras plegarias eucarísticas esta intercesión por la Iglesia se hace después de la consagración. No se hace una referencia explícita a la Iglesia, sino que se pide la unidad de los que participan del Sacramento, recordando la eficacia unificadora de la Eucaristía de la que habla san Pablo, al decir que somos miembros de mismo cuerpo porque comemos del mismo pan (1 Co 10, 16-17).

Se pide que la unidad se logre por medio del Espíritu Santo. Es una nueva epiclesis, una nueva invocación al Paráclito. Si en la primera se pidió transformación de los dones en el Cuerpo de Cristo, ahora se pide la unidad del Cuerpo Místico de Cristo, recordando las palabras de san Pablo acerca de que todos los fieles fuimos bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo (1 Cor, 12, 13).

En la Plegaria Eucarística II, se dice:

“Te pedimos, humildemente, que el Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y la Sangre de Cristo.”

En la Plegaria Eucarística III, se pide:

“Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia, y reconoce en ella la Víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad, para que,

fortalecidos con el Cuerpo y Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu.”

Y en la Plegaria Eucarística IV se pide:

“Dirige tu mirada sobre esta Víctima que tú mismo has preparado a tu Iglesia, y concede a cuantos compartimos este pan y este cáliz, que, congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos en Cristo víctima viva para alabanza de tu gloria.”

En esta última plegaria, aparece dos veces la palabra víctima. La primera con mayúscula y la segunda con minúscula. La Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo. La Víctima con mayúscula es la Jesús, la cabeza. Y la víctima con minúscula somos los demás miembros de ese cuerpo. Todos unidos somos la Iglesia por obra del Espíritu Santo.

2. Intercesión por las cabezas de la iglesia terrena

En su oración sacerdotal, Jesús no solo pidió por sus apóstoles, sino también “por los que crean en mi por la palabra de ellos” (Jn 17, 20). Lo que nos une a esta oración de Jesús es la palabra de los apóstoles por la que hemos creído. La unidad con Jesús es a través de los apóstoles y de sus sucesores. Por ello, en la misa se hace mención de la comunión con los sucesores de los apóstoles y se intercede por ellos.

Antiguamente, en Roma y en otras ciudades, los domingos todos los fieles acudían a la misa que celebraba el obispo, para manifestar la unidad de toda la iglesia con su cabeza. Cuando aumentó el número de fieles, esto ya no fue posible. Para tener un símbolo de la unidad con el obispo, éste le entregaba un fragmento de la Hostia (*fermentum* se llamaba), que había consagrado a los presbíteros que asistían, para que la unieran a la Hostia que ellos consagrasen en su misa, y así demostrar la unión de la misa del presbítero con la del obispo. Actualmente la unión con el obispo, y con la cabeza de todo el colegio episcopal se hace patente con unas palabras.

La cabeza de la Iglesia es Cristo, pero de la Iglesia que peregrina en la tierra, es el papa, el sucesor de Pedro, a quien Jesucristo le dio las llaves del reino, sobre quien se edificó la Iglesia, a quien le encomendó apacentar a sus ovejas. En toda misa se confiesa la comunión con el papa, y se pide por él, para que el Señor lo auxilie en la difícilísima tarea de apacentar a las ovejas (Jn 21, 15-17).

Las distintas porciones de la Iglesia universal se llaman iglesias particulares. Cada una tiene como cabeza a un obispo, a un sucesor de los apóstoles. Por eso en la misa también se manifiesta la comunión con la cabeza de la iglesia particular que está en comunión con la cabeza de la Iglesia universal. La iglesia particular puede ser una arquidiócesis, una diócesis o una prelatura. Dependiendo de ello, se pide por un arzobispo, un obispo o un prelado.

En el Canon Romano esta intercesión tiene lugar antes de la consagración, en donde se dice que el sacrificio se ofrece por la Iglesia para que

“la gobiernes en el mundo entero, con tu servidor el Papa N., con nuestro obispo N., y todos los demás Obispos que, fieles a la verdad, promueven la fe católica y apostólica.”

En la Plegaria Eucarística II se pide por la Iglesia terrena y sus autoridades diciendo:

“Acuérdate, Señor, de tu Iglesia extendida por toda la tierra; y con el Papa N., con nuestro Obispo N. y todos los pastores que cuidan de tu pueblo, llévala a su perfección por la caridad.”

En la Plegaria Eucarística III se pide por la fe y la caridad para Iglesia terrena, mencionando también a los presbíteros, a los diáconos y a todos los fieles laicos:

“Confirma en la fe y en la caridad a tu Iglesia, peregrina en la tierra: a tu servidor, el Papa N., a nuestro Obispo N., al orden episcopal, a los presbíteros y diáconos, y a todo el pueblo redimido por ti.”

Y en la Plegaria Eucarística IV se pide por las autoridades de Iglesia terrena, por los presbíteros, por los diáconos, y por los oferentes:

“Y ahora, Señor, acuérdate de todos aquellos por quienes te ofrecemos este sacrificio: de tu servidor el Papa N., de nuestro Obispo N. del orden episcopal y de los presbíteros y diáconos, de los oferentes y de los aquí reunidos,”

3. Intercesión por los fieles difuntos

Por medio del Bautismo nos incorporamos a la Iglesia, y recibimos un carácter, una marca indeleble en nuestra alma. Seremos para siempre miembros de la Iglesia, incluso después de nuestra muerte. Cuando rogamos al Padre por los miembros del cuerpo eclesial, lo hacemos por todos, incluyendo a los difuntos. Por eso hay una intercesión especial por los fieles difuntos en la Plegaria Eucarística.

En el Canon Romano se pide por aquéllos que nos precedieron con el signo de la fe, es decir, con el Bautismo pero que ya duermen, usando la expresión de Jesús al referirse a Lázaro (Jn 11, 11), pudiendo decir sus nombres:

“Acuérdate también, Señor, de tus hijos N. y N., que nos han precedido con el signo de la fe y duermen ya el sueño de la paz.”

Tras lo cual el sacerdote hace una pausa para orar en silencio. Luego prosigue pidiendo para ellos, en latín, el “*locum refrigerii*”, el lugar fresco, el lugar del alivio, que sea también “*lucis et pacis*”, de la luz y de la paz:

“A ellos, Señor, y a cuantos descansan en Cristo, concédeles el lugar del consuelo, de la luz y de la paz.”

En la Plegaria Eucarística II se pide por los que murieron (usa la palabra durmieron, como en el Canon), creyendo en la resurrección, como se profesa la fe en el Bautismo, pidiendo con el salmo (4, 6) que les muestre la luz de su rostro:

“Acuérdate también de nuestros hermanos que se durmieron en la esperanza de la resurrección, y de todos los que han muerto en tu misericordia; admítelos a contemplar la luz de tu rostro.”

En la Plegaria Eucarística III se intercede por nuestros hermanos difuntos y por los que, pese a no estar bautizados murieron en amistad con Dios:

“A nuestros hermanos difuntos y a cuantos murieron en tu amistad recíbelos en tu reino, donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria,”

La tercera anáfora cuenta con un texto especial para las misas de difuntos, en el que se pide especialmente por el fiel. Con las palabras de san Pablo (Rom 6, 3-5) se pide que ese fiel no solo comparta con Cristo la muerte, sino también la resurrección. Y que en la resurrección se transforme el cuerpo mortal en uno glorioso como el de Cristo, usando otro fragmento paulino (Fil 3, 21):

“Recuerda a tu hijo [hija] N. a quien llamaste [hoy] de este mundo a tu presencia: concédele que, así como ha compartido ya la muerte de Jesucristo comparta, también, con él la gloria de la resurrección, cuando Cristo haga surgir de la tierra a los muertos, y transforme nuestro cuerpo frágil en cuerpo glorioso como el suyo.”

Tras ello, se pide por el resto de los difuntos, con la fórmula habitual, aunque se le agrega que en la plenitud de la gloria Dios enjugara las lágrimas, usando las palabras del Apocalipsis (21, 4) y seremos semejantes a Cristo, usando la expresión de San Juan (1 Jn 3, 2):

“Y a nuestros hermanos difuntos y a cuantos murieron en tu amistad recíbelos en tu reino, donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria; allí enjugarás las lágrimas de nuestros ojos, porque, al contemplarte como tú eres, Dios nuestro, seremos para siempre semejantes a ti y cantaremos eternamente tus alabanzas,”

Y en la Plegaria Eucarística IV se pide por los que murieron en la paz de Cristo y de los aquéllos cuya fe solo puede conocer Dios:

“Acuérdate también de los que murieron en la paz de Cristo y de todos los difuntos, cuya fe sólo tú conociste.”

4. Intercesión por los fieles vivos y conmemoración de los santos

Jesús oró por quienes lo seguían en ese momento y por quienes lo seguiríamos en el futuro. Además de interceder por todo el cuerpo eclesial, por los fieles difuntos, se ruega sus miembros vivos. Se pidió por su la cabeza de la Iglesia terrena y en un segundo momento se pide por el resto de los bautizados. Somos los que peregrinamos en la tierra. Peregrinar es dirigirse a un lugar. Nuestro destino es el cielo. Por eso, lo que se pide al Padre es que, después de pelear la batalla y acabar la carrera (2 Tim 4, 7), lleguemos a la gloria.

Al final de nuestros días queremos unirnos a los miembros de la Iglesia triunfante, a los que ya corrieron y recibieron el premio que no se marchita (1 Cor 9, 25). Por eso, con esta intercesión se conmemora a los santos. Ellos son nuestro ejemplo y nuestros intercesores. Por la comunión de los santos, ellos se encuentran presentes en la celebración eucarística. En la misa, está presente la Reina enojada (Sal 44), pues Santa María no se despegó de los pies de la cruz (Jn 19, 25). A ella se le menciona en todas las plegarias eucarísticas, y el sacerdote debe inclinarse la cabeza al decir su nombre. Los fieles pueden hacerlo por devoción. También se menciona en todas las anáforas a San José, el custodio del tesoro más precioso de Dios Padre, Patrono celestial de toda la Iglesia.

En el Canon Romano se pide en dos ocasiones por los vivos. La primera es antes de la consagración, cuando se puede nombrar a los fieles vivos por los que se tenga intención de orar:

“Acuérdate, Señor, de tus hijos N. y N.”

Tras decir sus nombres, el sacerdote hace una pausa para orar en silencio por ellos. Luego, prosigue pidiendo por los presentes y por los suyos, rogando por el perdón de sus pecados y por su salvación:

“y de todos los aquí reunidos, cuya fe y entrega bien conoces; por ellos y todos los suyos, por el perdón de sus pecados y la salvación que esperan, te ofrecemos, y ellos mismos te ofrecen, este sacrificio de alabanza, a ti, eterno Dios, vivo y verdadero.”

En esta oración se reconoce que no solo el sacerdote ofrece el sacrificio, sino que también los fieles lo hacen. Cada uno de distinto modo. Pero con ello se corrobora que los fieles deben aprender a ofrecerse a si mismos en la misa.

El sacerdote prosigue conmemorando a los santos, quienes dan ejemplo e interceden por los vivos. Tras nombrar a Santa María y a San José, aparecen veinticuatro santos, pues San Gregorio Magno fijó en “dos veces doce” el número de santos que se mencionarían. Primero a los Doce Apóstoles, sustituyendo a Matías por Pablo. Luego a doce mártires: cinco papas (Lino, Cleto, Clemente, Sixto y Cornelio) un obispo de Cártago (Cipriano), un diácono (Lorenzo) y cuatro laicos (Crisógono, Juan, Pablo, Cosme y Damián):

“Reunidos en comunión con toda la Iglesia, veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor; la de su esposo, San José; la de los santos apóstoles y mártires Pedro y Pablo, Andrés, Santiago y Juan, Tomás, Santiago, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simón y Tadeo; Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono, Juan y Pablo, Cosme y Damián, y la de todos los santos; por sus méritos y oraciones concédenos en todo tu protección.”

También se pide por los vivos tras la consagración. Dándose un golpe en el pecho, como reconociendo la culpa de sus pecados (Lc 18, 13), pero también que el Padre es profundamente misericordioso (Lc 6, 36), se le pide

que por su bondad y no por nuestras obras nos admita en el cielo. Se nombran entonces a otros santos distintos a los antes referidos. En primer lugar, al Precursor, a San Juan Bautista, al más grande de los nacidos de mujer (Mt 11, 11), al que le sigue una lista de catorce mártires desde que San Gregorio Magno estableció una lista de “dos veces siete”. De ellos siete son varones (Esteban, Matías, Bernabé, Ignacio, Alejandro, Marcelino y Pedro) y siete mujeres: (Felicidad, Perpetua, Águeda, Lucía, Inés, Cecilia y Anastasia):

“Y a nosotros, pecadores, siervos tuyos, que confiamos en tu infinita misericordia, admítenos en la asamblea de los santos apóstoles y mártires, Juan el Bautista, Esteban, Matías y Bernabé, Ignacio, Alejandro, Marcelino y Pedro, Felicidad y Perpetua, Águeda, Lucía, Inés, Cecilia, Anastasia, y de todos los santos; y acéptanos en su compañía, no por nuestros méritos, sino conforme a tu bondad.”

En la Plegaria Eucarística II se le pide al Padre compartir la vida eterna con Santa María, San José y todos los que vivieron en su amistad:

“Ten misericordia de todos nosotros, y así, con María, la Virgen Madre de Dios, su esposo san José, los apóstoles y cuantos vivieron en tu amistad a través de los tiempos, merezcamos, por tu Hijo Jesucristo, compartir la vida eterna y cantar tus alabanzas.”

En la Plegaria Eucarística III se le pide al Padre que nos transforme en ofrenda, pues de ese modo podremos gozar de la herencia eterna con Santa María, San José y todos los santos. En esta anáfora puede añadirse el nombre del santo del día o del patrono, lo que no se permite en las otras:

“Que Él nos transforme en ofrenda permanente, para que gocemos de tu heredad junto con tus elegidos: con María, la Virgen Madre de Dios, su esposo san José, los apóstoles y los mártires, (san N.: santo del día o patrono) y todos los santos, por cuya intercesión confiamos obtener siempre tu ayuda.”

Y en la Plegaria Eucarística IV nombrando nuevamente al Padre, se le pide que nos reúna en su reino de libertad del pecado y de la muerte, usando la expresión paulina (Rom 8, 2), con Santa María San José, y todos los santos:

“Padre de bondad, que todos tus hijos nos reunamos en tu reino, con María, la Virgen Madre de Dios, con su esposo san José con los apóstoles y los santos; y allí, junto con toda la creación libre ya del pecado y de la muerte, te glorifiquemos por Cristo, Señor nuestro, por quien concedes al mundo todos los bienes”

IX. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: LA DOXOLOGÍA FINAL

En la Plegaria Eucarística se han hecho diversas intercesiones al Padre. Por nosotros mismos, los ruegos no valen nada. Hay que hacerlos en nombre de Jesús. En la Última Cena él mismo nos invitó a pedir en su nombre. Si así pedimos, se hará lo que pedimos, porque de esta manera se hará que sea glorificado el Padre en el Hijo (Jn 14, 13).

Por eso, todas las plegarias eucarísticas terminan poniendo a Jesucristo como mediador de nuestra intercesión en una doxología, en una expresión de alabanza a toda la Trinidad. Las palabras previas a la doxología hacen referencia al Hijo. Por eso, la doxología en latín inicia “*Per ipsum*”, es decir, “Por él.” En la versión castellana se ha cambiado la literalidad, y dice “Por Cristo”, quizá para que no haya confusión.

Todo lo pedimos por Jesucristo. Pero no solo por él, sino que lo pedimos con él, que en la cruz con gritos y lágrimas presentó suplicas y fue escuchado (Hb 5, 7). Nos unimos a su plegaria al Padre.

Además, lo pedimos en Cristo. Por el bautismo nos incorporamos a Cristo (Rm 6, 5). Somos parte del Cristo total. Jesús dijo que nosotros estamos en él y él en nosotros (Jn 14, 20). Por eso no solo pedimos por y con Cristo, sin que lo hacemos formando parte Cristo, pedimos en Cristo.

Todo lo pedimos al Padre que todo lo puede, al omnipotente, a quien se le ha dirigido toda la Plegaria. Y lo hacemos en la unidad del Espíritu Santo (Ef 4, 3). Podemos pedirselo al Padre, porque así lo llamamos gracias al Espíritu (Rom 8, 15). Se lo podemos pedir por mediación de Cristo, del Ungido, porque el Espíritu es su Unción.¹²

A las Tres Personas que se han mencionado las alabamos con las palabras que escuchó san Juan que cantaban todas las creaturas al Cordero y a quien estaba sentado en el trono (Ap 5, 13), y que usaba San Pablo (1 Tim 1, 17), con las que reconocemos que para Dios es todo honor y gloria por los siglos de los siglos.

Así, la Plegaria Eucarística termina diciendo:

“Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos.”

Estas palabras las pronuncia el sacerdote mientras eleva el Cuerpo de Cristo en la patena y la Sangre de Cristo en cáliz conjuntamente, y no de forma separada, como había sucedido antes. En el ofertorio se elevó la hostia en la patena para presentarla al Padre; después de la consagración se elevó sin la patena, para mostrarla a los fieles. Ahora se eleva nuevamente en la patena porque no es para mostrarla a los fieles, sino para presentar al Padre a Jesucristo con quien, con quien y en quien se ofrece el sacrificio. Y lo hace junto con el cáliz que contiene la Sangre Preciosa. Para elevar el cáliz, un diácono puede ayudar al sacerdote.

A la doxología toda la asamblea responde aclamando:

“Amén.”

Al decir Amén hacemos un acto de fe, pues esa palabra significa tres cosas: “esto es así”, “esto lo creo” y “esto me compromete”. Esta expresión, que puede ser cantada tres veces, recuerda que el pueblo de Israel respondía a las plegarias de los sacerdotes de la antigua alianza diciendo Amén (Dt

¹² CEC 690

27,15-26; 1Crón 16,36; Neh 8,6). Aunque todos los fieles se han ofrecido a sí mismos y se han unido al Sacrificio, lo han hecho en el interior de su corazón. Ahora, en voz alta, se unen a todo lo dicho por el sacerdote. Es, como decía san Agustín, como si firmaran la petición.

No lo mandan las rúbricas, pero es conveniente que el sacerdote espere a que el pueblo responda el Amén, como signo de que se unen a esta presentación de la Víctima inmaculada al Padre en el Espíritu, como signo de que todos son atraídos hacia Cristo cuando es levantado (Jn 12, 32).